cer de una manera más estricta el calificativo de *víctima*.

Hacer efectivo este acto libre, es *ofrecerse como víctima*, y el mérito de este acto heroico puede ser aplicado, por aquel que lo hace, al fin que mejor le parezca. Uno puede ofrecerse como víctima por la conversión de un pecador, por la curación de un enfermo, por el buen éxito de una obra de celo, por el triunfo de una buena causa, etc.

Ofrecerse como víctima es, pues, un acto que implica a la vez una *doble oración* y un *casi-contrato*.

Es, en primer lugar, una *doble oración*. Aquel que lo hace, pide a Dios, a lo menos implícitamente, verse entregado a una muerte prematura, o a una cantidad de sufrimiento superior al que le reservaba el curso ordinario de su Providencia (como consecuencia del pecado original o de sus propios pecados actuales, o como ocasión de alcanzar méritos). Pide además, y sin esto su acto sería una temeridad, los auxilios sobrenaturales necesarios para someterse bien a lo uno y a lo otro.

Es además un *casi-contrato*, por el que Dios se compromete a escuchar esta doble oración, y la víctima se compromete a aceptar bien la inmolación que su acto habrá así provocado.

(Continuará)

REPUBLICA DE COLOMBIA—(BOGOTA)

LA IGLESIA

Organo oficial de la Arquidiócesis de Bogotá

Año XII. Vol. XII. Marzo 15 de 1917. Número 3

DECRETO PONTIFICIO

EL DIÁCONO CLIMACO ARENAS QUEDA REDUCIDO AL ESTADO LAICAL

En la Curia Primada de Bogotá, a dos de marzo de mil novecientos diez y siete, compareció el señor Clímaco Arenas y por ante los testigos señores Simón Matéus y Pedro María Rodríguez le leí el anterior rescripto de la Santa Sede, de fecha veintiuno de septiembre de mil novecientos diez y seis, el que traducido al castellano dice así: «Sello» «Secretaria di Stato di Sua Santita» «De la audiencia del Ssmo. en el día 21 de septiembre de 1916.—Como consta suficientemente que el señor **Clímaco Arenas**, de la Diócesis de Manizales, recibió dolosamente las órdenes del subdiaconado y del diaconado valiéndose de falsas testimoniales;—que sin estar investido del sacerdocio se atrevió a celebrar el Santo Sacrificio de la misa y no dudó ejercer otros ministerios del sacerdote; que al

presente lleva una vida nada honesta, con desprecio de las moniciones de su Obispo, de manera que no hay esperanza de poderle volver a mejor vida en algún tiempo; **Nuestro Santísimo Señor Benedicto XV.** Papa por la divina Providencia, accediendo a la petición del Arzobispo de Bogotá, dispensó al expresado señor **Clímaco Arenas** de las obligaciones anexas a las órdenes recibidas, y mandó reducirlo al estado laical y excluírle por lo tanto de cualesquiera privilegios clericales.—Dado en Roma en la Secretaría de Estado, en el día y año antedichos.—P. *Cardenal* GASPARRI.»

Por tanto le hice saber por ante los testigos Simón Matéus y Pedro María Rodríguez, y como Notario Eclesiástico de esta Curia Primada, que debe despojarse inmediatamente del hábito sacerdotal y que queda privado desde ahora de todos los privilegios clericales y libre de las cargas y obligaciones anexas a las Sagradas Ordenes. En fe de lo cual firma con el infrascrito Notario Eclesiástico, por ante los testigos presenciales ya dichos, quienes también firman la presente diligencia.—Como no quiso firmar, firma por él el testigo Pastor Cuadros. *Pastor Cuadros.—Simón Matéus.—Pedro María Rodríguez.*—FIDEL LEON TRIANA, Pbro., Noto. Ecco.

S. Congregación de Religiosos

(DE LAS JOVENES POSTULANTES EN LOS CONVENTOS DE MONJAS)

A la S. Congregación de Religiosos fueron propuestas las dudas siguientes:

I. Si las jóvenes postulantes en los monasterios sometidos a la clausura papal, pueden salir para visitar a sus padres o allegados, o por otra causa. Y en caso negativo.

II. Si para la mencionada salida necesitan el permiso de la Sede Apostólica, o si basta el consentimiento del Ordinario.

La S. Congregación, después de considerar maduramente el asunto, juzgó conveniente responder:

A la I. Negativamente.

» II. Afirmativamente a la primera parte; negativamente a la segunda.

Dado en Roma, en la Secretaría de la S. Congregación de Religiosos el día 7 de noviembre de 1916.

D. *Cardenal* FALCONIO, Obispo Velit., Prefecto.

Adolfo, Obispo Canop., Secretario.

EL HIPNOTISMO

(Traducido de *The Catholic Encyclopedia* para LA IGLESIA)

Por Hipnotismo o Hipnosis entendemos aquí el sueño nervioso producido por medios externos y artificiales, y que ha venido a ser en nuestros días objeto de experimentos y estudios metódicos por parte de hombres de ciencia, médicos, o fisiologistas. No difiere, sin embargo, esencialmente del «magnetismo animal,» que por espacio de cien años tuvo tan extraordinaria boga en los salones sin que llegase por esto a forzar las puertas de las academias científicas; ni tampoco del «mesmerismo» o el «Braidismo» que serán explicados en el curso de la exposición histórica de la materia. Las causas del hipnotismo han sido discutidas y pueden serlo todavía; pero lo que ha sido comprobado, sin género alguno de duda, es la existencia de una particular especie de sueño producido artificialmente por medio de «pases,» de sensaciones agudas y prolongadas, de atención sostenida o de un esfuerzo de la voluntad. La creencia en un fluído sutil e impalpable, análogo al del magnetismo animal pero propio de los seres vivientes, a saber, el fluído magnético o vital, no data del siglo XVIII como algunos han pensado, sino que proviene de una remota antigüedad. Plinio, Galeno y Areteo dan testimonio de su existencia. En el siglo XV Pomponazzi advierte que «ciertos hombres poseen algunas propiedades saludables y poderosas que se comunican por evaporación, y producen notables efectos en los cuerpos que las reciben. Ficino, por su parte, dice que el alma cuando está movida por deseos apasionados puede obrar no sólo sobre su propio cuerpo sino sobre un cuerpo vecino, señaladamente si este último

es más débil.» Por último, fue Paracelso quien por primera vez (en el libro «De Peste») dio cuerpo a la doctrina por la hipótesis de un fluído que emanaba de las estrellas y ponía a los seres vivientes en comunicación, y de un poder de atracción por el cual las personas que están en buena salud atraen a sí a los enfermos; esta fuerza la compara a la del imán y la llama *magnale*. Este es el constitutivo original y fundamental del magnetismo. La doctrina de Paracelso fue más tarde adoptada y desarrollada por otros muchos escritores—Bartholin, Hahnemann, Goclenio, Roberti y Van Helmont, el campeón de la medicina magnética, Roberto Fludd, el Padre Kircher, autor del famoso tratado «De arte magnética,» Wirdig, Maxwell, Greatrakes, Gassner y otros. No todos hacen sus experimentos de la misma manera; algunos usan *munies* (talismanes o cajas mágicas) para encaminar el fluído, mientras que otros obran directamente por el tacto, por el frotamiento o por medio de «pases.»

Ninguna teoría completa sobre esta materia se encuentra hasta Mesmer (1733—1815). El médico vienés supone que existe un fluído universalmente difundido, tan continuo que no admite vacío, un fluído sutil sobre toda comparación, y apto por su propia naturaleza para recibir, propagar y comunicar todos los efectos sensibles del movimiento. Propone aplicar el nombre de magnetismo animal a esta propiedad de los cuerpos vivientes que los hace susceptibles de la influencia de los cuerpos celestes, y de la acción recíproca de los que los rodean, propiedad que se manifiesta por su analogía con el imán. «Por medio de este fluído, dice él, es como obramos sobre la naturaleza y sobre los otros seres semejantes a nosotros; la voluntad lo pone en movimiento y sirve para comunicarlo. (Memoire sur

la découverte du magnetisme animal). Mesmer fue a París el año 1778, expuso públicamente su sistema y presto ganó fama y renombre. Después se presentó como curandero y obtuvo algunos buenos resultados; los enfermos comenzaron luégo a acudir a él en tan gran número, que ya no le fue posible tratarlos individualmente, sino que le fue menester agruparlos en torno de una cubeta y magnetizarlos a todos simultáneamente. La cubeta magnética obraba admirablemente. Consistía en un tubo ordinario cubierto con una tapa de lo que salía cierto número de varillas de hierro pulidas, dobladas hacia atrás y cada una de las cuales terminaba en una punta gruesa. Estas varillas de hierro o ramas, conducían el fluído magnético a los pacientes que, puestos de pie, formaban un círculo. La cubeta fue el más famoso y el más popular, aunque no el único de los medios usados para producir los efectos magnéticos. Mesmer usaba otros métodos, muy semejantes a los que emplean los hipnotizadores el día de hoy, como movimientos de los dedos o de una pequeña varilla de hierro delante de la cara; el hacer fijar los ojos del paciente en algún objeto, la aplicación de las manos al abdomen etc. Mesmer trataba desgraciadamente con enfermos, y tenía oportunidad de observar en torno suyo más ataques y convulsiones histéricas que estados de sonambulismo. Pero estos «convulsionistas» de nueva especie, lejos de hacer daño al magnetizador o desacreditar su método, aumentaban su fama y renombre. La Academia, prevenida contra el innovador y disgustada por el ruido que hacía, no pudo sin embargo, dejar pasar inadvertidos los efectos que producía, y tuvo pronto que ceder a los clamores de la pública opinión excitada y entusiasta. En 1784 nombró una comisión que examinara la teoría y la práctica de Mesmer, comisión entre cuyos miembros figuraban los más ilustres sabios de la época, a saber Bailly, Lavoisier, Franklin, de Jussieu. Rendirse a la evidencia y reconocer la realidad de los hechos fue cosa inevitable; pero todos los miembros de la comisión, con la sola excepción de de Jussieu rehusaron atribuír los tales hechos a causa alguna que no fuera la imaginación o la imitación.

No obstante este golpe directo el mesmerismo, siguió progresando. Hizo muchos adeptos, entre los cuales deben mencionarse Deslon, el P. Hervier, y sobre todos el marqués de Puysegur, fundador de la «Harmonía,» una de las más célebres sociedades magnéticas. En su posesión de Busancy bajo el «árbol magnetizado» era donde Puysegur alcanzaba sus más espléndidos triunfos y renovaba las maravillas de su maestro. Hizo aún más: descubrió el curioso fenómeno del sonambulismo. Pero la hora de esta ciencia no había llegado todavía, y no obstante los resultados positivos y las curaciones incontestablemente obtenidas, el magnetismo no recobró su crédito, y fue despreciado y olvidado durante la Revolución y el Imperio. Estaba reservado a un sacerdote de la India portuguesa, el abate Faria hombre de extraordinarios talentos, el llamar de nuevo la atención pública hacia el magnetismo animal y revivir esta ciencia. El abate Faria fue el primero que combatió la teoría del fluído magnético, puso de relieve la importancia de la sugestión, y demostró la existencia de la autosugestión; comprobó, además, la verdad de que el sueño nervioso pertenece enteramente al orden natural. Desde sus primeras sesiones de magnetismo en el año de 1814, desarrolló resueltamente esta doctrina. Nada procede del magnetizador; todo proviene, afirmaba él, del sujeto magnetizado, y se verifica en su pro-

pia imaginación. El magnetismo es simplemente una forma del sueño. Aunque es de un orden moral, sin embargo, la acción magnética es ayudada por medios físicos o más bien fisiológicos, como la fijeza de la mirada y la fatiga cerebral. En esto se mostró el abate Faria un verdadero precursor, muy poco apreciado por sus contemporáneos y aun por la posteridad: él fue el verdadero creador del hipnotismo, y muchos de los pretendidos descubrimientos de los sabios del día, son en realidad suyos. Bastaría recordar aquí que él practicó la sugestión en estado de vigilia, y también la sugestión post-hipnótica. El General Noizet, que fue el inmediato discípulo del abate Faria, tuvo por íntimo amigo a un joven magnetizador, Alejandro Bertrand, quien creía en la existencia del fluído magnético. Entre las dos doctrinas extremas y recíprocamente exclusivas de su maestro y de su amigo, tuvo la inteligencia y el valor de formarse una opinión propia, reconociendo por igual la parte de la imaginación, y la parte del fluído magnético. Nos inclinamos a creer que esta opinión suya es justa, y propia para conducir a una solución definitiva.

Gracias a los trabajos de los que acabamos de mencionar, la resurrección del magnetismo estaba asegurada. Cierto número de escritores—Virey, Deleuze, el Barón du Potet, Robouan, Georget y otros—despertaron la atención de los contemporáneos por medio de sus escritos, de sus conferencias y de sus experimentos; uno de ellos, el Doctor Foissac logró en 1826 que la Academia de Medicina nombrase una comisión para examinar los hechos extraños, pero positivos, del magnetismo. Esta segunda comisión de la Academia, tomó muy a pechos su trabajo, y estudió la cuestión escrupulosamente, por el espacio de cinco años. El Doctor

Husson fue el encargado de preparar el informe, y éste apareció en junio de 1831. Husson describe las propiedades del magnetismo muy a la larga y con grande imparcialidad, proclama sus virtudes, y termina pidiendo a la Academia que estimule el estudio de esta materia que consideraba como de grande importancia para la fisiología y para la terapéutica. Este triunfo del magnetismo en una corporación de la cual no había recibido hasta entonces sino desprecio y contradicción, fue altamente estimado, pero no tuvo consecuencias algunas. Los académicos tuvieron miedo de la verdad, perseveraron en un silencio obstinado, y tiraron el informe de Husson a los archivos, sin concederle siquiera los honores de la imprenta. Poco después de esto un violento ataque contra el magnetismo por Dubois (de Amiens), fue cordialmente recibido por la Academia, no obstante las protestas de Husson. Por fin, el 1.° de octubre de 1840, después de algunas tentativas inútiles, la docta asamblea enterró definitivamente la cuestión, declarando que de allí en adelante no se daría respuesta a ninguna comunicación tocante al magnetismo animal. Repudiado por la ciencia, el magnetismo cayó, como era inevitable, de una parte en manos de traficantes y de otra, en manos de espiritistas. Hábiles aventureros lo explotaron, abriendo en París y en los campos, depósitos del fluído, para curar los males de la especie humana. Otros recurrieron a las mesas giratorias para averiguar lo pasado y conocer lo futuro. La superstición y el escamoteo pusieron fin a toda honrada investigación científica. Sin embargo, las ideas del abate Faria no quedaron del todo olvidadas, sino que fueron recogidas e ilustradas por algunos expertos, y bien pronto hallaron un sabio y prudente comentador en James Braid (1795—1860).

Reasumiendo los antiguos experimentos, este buen médico de Manchester se propuso destruír completamente el edificio mesmeriano, pero solamente consiguió desarrollarlo. Sin duda que él rechaza absolutamente la trasmisión de todo fluído magnético o vital, pero reconoce que el sueño magnético es principalmente de carácter nervioso. Muchos autores han dicho y repetido que Braid atribuye el sueño a la sola sugestión; pero este es un grave error contra el cual protestó él mismo enérgicamente. Braid es generalmente considerado como el fundador del hipnotismo, y este título espléndido basta para su fama. Sus contemporáneos hicieron poco caso de él, y no apreciaron su doctrina como debían. No quisieron ver en la concentración nerviosa y sensitiva la causa del sueño, y sostuvieron que el cirujano de Manchester, lo mismo que Faria y Bertrand obraba únicamente sobre la imaginación de los pacientes. La respuesta decisiva de Braid a sus detractores fue esta: «Faria y Bertrand obran o pretenden obrar con ayuda de una impresión moral; sus medios son de orden mental; *el mío es puramente físico* y consiste en fatigar los ojos, y mediante la fatiga de los ojos causar la del cerebro.» En realidad, como advierte justamente el Dr. Durand de Gros, Braid fue un descubridor ingenioso que no acertó a hacer apreciar su descubrimiento en su verdadero valor. El dio al arte de Mesmer y de Faria su complemento necesario, su magnífico coronamiento, y de esa manera lo transformó. Braid reconoció que el acto de mirar fijamente a un punto, por cierto espacio de tiempo, produce no solamente sueño, como lo habían observado los fisiologistas antes de él, sino también «una profunda modificación de todo nuestro sér que lo hace apto para recibir la influencia magnética y la sugestión mental.» Desde Braid a nuestros

días, el hipnotismo ha crecido y se ha desarrollado sin interrupción. Los partidarios del magnetismo, momentáneamente desconcertados, no se han dado por vencidos; y si bien aceptan las nuevas teorías sobre la fatiga nerviosa y la sugestión, han continuado sosteniendo la existencia del fluído. Las teorías de Grimes sobre electro-biología (1848) y del Dr. Philipps (seudónimo del Dr. Durand de Gros) sobre electro-dinamismo vital (1855), merecen ser mencionadas a este respecto. Pero los sistemas teóricos tienen poco atractivo para las masas, y el mayor número de escritores se han establecido sobre el terreno de la experiencia y de la práctica clínica, multiplicando los experimentos para explorar el vasto campo de la hipnosis. Entre éstos podemos mencionar al Dr. Liébeault de Nancy, Dr. Azam de Burdeos, el Profesor Charcot de París, Dr. Bernheim de Nancy. Sin embargo, las discusiones teóricas no podían para siempre seguir aparte en su propio terreno, puesto que todo efecto exige una causa; las discusiones siguieron al descubrimiento de los hechos, y pronto produjeron una notable división de opiniones. El mundo científico quedó dividido, como se sabe, en dos grandes escuelas, a saber: la escuela de Nancy y la escuela de la Salpetrière o de París. La primera representada por los Doctores Liébeault, Bernheim, Beaunis y otros, reconoce, aunque bajo diferentes formas, una causa única de la hipnosis, y sostiene que ella es la sugestión. La segunda, cuyo renombrado jefe fue Charcot, cree en una causa, no moral sino física, y atribuye la hipnosis a una modificación nerviosa o cerebral, originada de una enfermedad del sistema nervioso; es decir, de la histeria.

Entrambas doctrinas han sido sostenidas con argumentos y con hechos cuya fuerza y valor sería inútil

poner en duda. Pero si ambas maneras de ver son igualmente dignas de consideración, se oponen entre sí de una manera demasiado absoluta, y se excluyen recíprocamente, de suerte que no pueden ser ambas verdaderas. La sugestión no explica todos los fenómenos de la hipnosis, como la neurosis no da tampoco suficiente razón de ellos. El sueño nervioso, con los varios y extraños fenómenos que lo acompañan, está fuera de nuestra comprensión, por lo menos hasta donde llegan los conocimientos actuales. La íntima naturaleza de aquella modificación nerviosa y cerebral que Charcot considera como una condición necesaria, nos es desconocida, y acaso no sería imposible conciliarla con la hipótesis del fluído nervioso o magnético. En cuanto a la teoría de la sugestión, tan defendida por la escuela de Nancy, pertenece al orden psíquico y es manifiestamente insuficiente para explicar las perturbaciones fisiológicas del sueño nervioso. El mismo profesor Beaunis no vacila en confesar la debilidad de dicha teoría. Siendo esto así, parecería oportuno el investigar si las dos escuelas hostiles, o mejor dicho rivales, de París y de Nancy, cada una de las cuales es incapaz de explicar la hipnosis, no podrían encontrar nueva luz y fácil medio de reconciliación en aquella hipótesis del magnetismo animal que la ciencia abandonó a los principios demasiado pronto. Aquí apenas indicamos este problema; su solución pertenece al porvenir.

(Continuará)

CARTAS

DEL ARCIPRESTE DE HUELVA A UN CURA NOVEL

CARTA ABIERTA

Querido hermano en Jesucristo:

Todo edificado y lleno de buena voluntad me deja la lectura de su carta, por la humilde y franca confesión que me hace en ella. «Acabo de llegar a esta mi parroquia, me escribe, y aquí me tiene usted, que con todos mis *meritissimus* y premios del Seminario, con mis borlas de doctor, con mis provisiones de sociología y con todo lo que yo había leído, aprendido, proyectado y hasta soñado para cuando llegara este caso, no acierto qué hacer ni por dónde empezar.

Porque la verdad es que al verme en una iglesia tan grande y tan vacía, al encontrarme con unos feligreses tan sin importárseles un comino de que se les haya venido un cura nuevo, al no oír de los ministros y de los escasos amigos de la parroquia más consejos 'que el no se canse usted, que esta gente es imposible, no se saca nada de ellos'».... paréceme que se me ha olvidado todo, y si de algo me acuerdo o en algo pienso es para aumentar la sensación de soledad, impotencia, casi desaliento que, desde que llegué, me viene asaltando.

¿Quiere usted decirme en caridad de Dios

Por dónde empiezo.....?

Sin pretender yo meterme a curandero de pueblos y parroquias, y sin ánimo de presentarle un cuadro complejo de acción parroquial con sus obras de atracción, consolidación y mejoramiento de sus distraídos y

lejanos feligreses, voy a limitarme a responder sencillamente a su pregunta de «¿por dónde empiezo?»

Voy a darle a usted una respuesta, que quizás no la haya usted encontrado en sus libros de sociología, y que no por más ignorada es menos eficaz.

¿Quiere usted hacer de una parroquia vacía una llena o por lo menos muy frecuentada?

¿Quiere usted formar esa parroquia sobre base sólida de piedad ilustrada y abnegada?

¿Quiere usted que sus feligreses comulguen mucho?

¿Quiere usted hacer milagros de conversiones de almas malas en buenas, de tibias en fervorosas?

¿Quiere usted hacerse de una corte de almas escogidas, de buen temple, de abnegación y laboriosidad, que le ayuden y secunden incondicionalmente en su magna obra de transformación de su parroquia?

¿Quiere usted ser cura, no solamente de los ricos y gente comodona, sino de los trabajadores, de los ocupados?

¡Que sí, que sí! ¿es verdad? ¡que todo eso es lo que no sólo quiere, sino lo que ansía y sueña!

Pues todo eso y mucho, muchísimo más, lo conseguirá usted con esta sencillísima receta:

Esté usted sentado todos los días en su confesonario desde las cinco y media de la mañana lo más tarde.

Quizás

parezca a usted muy *poca causa* para efectos tan grandes, quizás le asalten dudas de que yo exagero o deliro, quizás encuentre *padres graves* y *doctores sabios* o sabihondos que se rían de mi receta y de su candor en tomarla; quizás en sus sociologías, filosofías y en los demás *tas* que ha estudiado encuentre algún reparo que oponerme, quizás le digan que eso será bueno para los

pueblos madrugadores e inútil para las capitales; quizás se les pase un mes, un año, sin que mi receta le dé resultado visible, quizás.... ponga usted aquí todos los quizás que se le antojen, que yo sigo asegurando ante el cielo y la tierra con toda la fuerza de mi palabra de sacerdote y con toda la sinceridad de mi alma cristiana, que un párroco que se siente en su confesonario *todos los días* a las *cinco y media* de la mañana *lo más tarde* RESUCITA la parroquia *más muerta* que haya en el mundo.

¿Pruebas?

Tengo muchas y muy fuertes y si no fuera por el temor de hacer de ésta una carta kilométrica, se las desarrollaría con toda la extensión que el asunto pide y mi caletre permite, pero aunque no sea más que enumerándolas, allá van:

En primer término EL HECHO: No conozco *ninguna* parroquia de cura madrugador y de culto tempranero que *esté desierta* y que en general no ande bien, y en cambio conozco muchas, muchas parroquias desiertas, aburridas, sin vida o con vida ficticia o efímera que se *abren a las siete, a las ocho, a las nueve y hasta las diez de la mañana* o, lo que es aún peor, cada día a hora distinta.

El que no esté conforme conmigo en la afirmación de este hecho, que me cite casos en contrario, y con lealtad rectificaré.

Cierto que hay parroquias en las que no se madruga y hay muchas comuniones; pero ¿quién me niega que si se madrugara, se duplicaría por lo menos el número de comuniones?

En segundo término un cura sentado en su confesonario desde muy temprano, aunque no tenga peni-

parroquia, *allana, prepara* y *fecunda* todas las demás; y 2.ª, que un cura que no sea madrugador, fuera del caso de enfermedad, aunque haya hecho otras muchas obras buenas, *aún no tiene derecho* a decir *con verdad* que ha hecho *todo lo posible* por salvar a su parroquia.

Y ya sabe usted: *Bonus Pastor* ANIMAM SUAM *dat pro ovibus suis*...

Y el *animam suam* es mucho más que las dos horillas de sueño de la mañana....

Muy suyo en Jesucristo,

EL ARCIPRESTE DE HUELVA

Carta a mi condiscípulo el señor Cura de....

Mi antiguo amigo en Jesucristo:

Con frío en el alma y lágrimas en los ojos, he leído tu contestación a la hoja que te mandé para que trabajaras por establecer en esa tu parroquia la obra de las *Tres Marías* de los Sagrarios Calvarios.

«Es imposible, me dices, de todo punto imposible, hacer que esta gente comulgue; tan convencido estoy de ello, que más de una vez he pensado en quitar el *Reservado*. ¿Para qué, si no hay quien quiera comulgar, ni sano ni enfermo?....»

Amargo es en verdad ese párrafo, pero lo es mucho más aquel en que me dices que «al principio de estar ahí, te apenaba y acongojaba ese abandono del Sagrario, pero que después, viste la inutilidad de todos tus esfuerzos por destruírlos, te *has acostumbrado a él*, y te encuentras ¡hasta tranquilo!»

No soy quien,

querido amigo, para censurar tus actos y tus juicios, ni para señalarte normas de ministerio parroquial; pero, si la amistad sincera que nos une desde niños ha de servir para algo más que para escribirnos de vez en cuando y llamarnos amigo en las cartas, yo creo que ella y tú me autorizarán para decirte lo que se me ocurre sobre ese abandono del Sagrario de tu parroquia.

¿Me lo concedes?

Pues olvídate por un momento de *quien te habla*, y no te fijes más que en *lo que te habla*.

Mide y pésa razones, y riete, si quieres de quien te las da.

Tu Sagrario no debe estar abandonado

El Corazón eucarístico de Jesús NO QUIERE *estar abandonado*. ¿Cómo va a querer ese abandono, si se queda ahí en el Sagrario precisamente para estar con sus hijos hasta la consumación de los siglos?

Se ha quedado ahí, bajando tánto y ocultándose tánto, para ser el *Pan* de las almas hambrientas, la *Medicina* de las almas enfermas, la *Luz* de las almas en tinieblas, la *Alegría* de las almas angustiadas, la *Fortaleza* de las almas en peligro, la *Redención*, el *Cielo* de las almas que viven en la tierra.

Y si lo dejan abandonado, ¿cómo y a quiénes va a alimentar, a curar, a iluminar, a alegrar, a fortalecer, a redimir, a glorificar?.... Díme, hermano mío, ¿te has fijado en lo que en *un solo minuto* puede salir por las puertecitas doradas de un Sagrario cuando por el lado de afuera hay unos ojos que miran, una boca que se abre, un alma limpia que recibe....?

Y para eso está allí Jesucristo *ut vitam habeant et abundantius habeant:* su única ocupación en el Sagrario

pujar a que vayan al Sagrario los hijos olvidadizos; y si éstos son más que olvidadizos, son duros de corazón y ninguno quiere ir, entonces que vuelva a su Sagrario y de rodillas ante el Tabernáculo con la sincera energía del amor herido, que le diga: «Corazón de mi Jesús; por lo menos aquí quedamos la lámpara y yo, consumiéndonos por Ti...»

Ahora

te pregunto, amigo mío: ¿la tranquilidad que tú sientes en ese tu pueblo de Sagrario abandonado, es hija de haber hecho lo que has podido por buscarle compañía, y de haberte ofrecido en inmolación perpetua, silenciosa, ni conocida ni agradecida de los hombres?

¿Sí? Pues ¡bendita sea tu alma y benditos los momentos de tu vida tan bien empleados!

Haces bien en estar tranquilo, como tranquilo está en medio de su desamparo el Corazón eucarístico de Jesús, como tranquilo es el dolor que mira a Cristo a través de las lágrimas...

Pero

permíteme, amigo del alma, que te descubra una sospecha que se me viene, no sé si temeraria: tú me escribes que «al principio de estar ahí, te apuraba y acongojaba ese abandono del Sagrario, pero que después, vista la inutilidad de tus esfuerzos, por destruírlo, te *has acostumbrado* a él, y te encuentras ¡hasta tranquilo!»

Y me he dicho yo: de modo que después de trabajar un poco contra el abandono de tu Sagrario, dejaste de apurarte y de preocuparte por eso, y te decidiste a abandonarlo tú también! ¿No es esto lo que significa ese *acostumbrarte* a ver tu Sagrario solo y ese tratar de quitar el *Reservado?*

¿No es eso lo que significa esa *vida de casino* con que has sustituído tu *vida de Sagrario*, ese afán de

cacerías y diversiones, ese preocuparte tánto del estado de *tus* vacas y viñitas, y tan poco o tan nada de *tus* almas, ese dedicar días enteros a la calle, a la visita, al juego de cartas, al periódico frívolo y dedicar al templo a lo más media hora de la misa y los minutos de la partida o del sacramento pedidos?

¡Vaya un hombre el que tiene el Jesucristo de ese Sagrario!

Dime, dime, y cuando saboreas los sorbos del café o de la copa del casino, o te enfrascas en la caza o en el juego, o te recreas en las atenciones de tus amistades, o apresuras la celebración de tu Misa, para llegar a tiempo a la cita de los amigos, dime, ¿no te pasa alguna vez por el pensamiento y por el corazón este recuerdo: ¡tú tan contento y tu Sagrario tan triste! ¡Tú con tántos amigos y tu Jesús sin ninguno? Dime, ¿no te acuerdas alguna que otra vez del Jesucristo solitario de tu iglesia? Dime, ¿no sientes vergüenza o pena de acordarte de aquel *Desairado perpetuo?*

¿Y le dolerán tánto tus desaires? Yo creo no exagerar si te digo que tu abandono le duele más que el abandono de todos los de tu pueblo; éstos no lo conocen, o lo conocen poco; pero tú, *homo unanimis, dux meus, notus meus....* ¡Vamos, que le duele mucho!

¿Y te atreves

a subir al púlpito a predicar caridad para con el pobre, teniendo tú tan poca con el Jesucristo pobre de calor y de cariño de tu Sagrario, y justicia entre amos y criados, teniendo tú tan olvidado el derecho, el sacratísimo derecho, fuente de todos los derechos, de Jesucristo a ser conocido y querido de los hombres, y que cumplan con la Iglesia y respeten al sacerdote, cumpliendo tú tan mal con el Fundador y Padre de ella y haciendo tú tan poco aprecio del Autor y modelo de tu sacerdocio? ...

¿Y te atreves

a quejarte de que la impiedad crece, y con ella el desprecio de las cosas santas, y a la par disminuyen los ingresos de tu curato y tus medios de subsistencia, y de que los niños de la calle se mofan de ti, y el pudor de las doncellas y la vergüenza de los jóvenes están en lamentabilísima baja, y la inmoralidad social en espantosa alza? Déja de echarle la culpa a los malos gobiernos, que con tener tánta, no tienen la mayor, a los malos padres, a los malos periódicos, a los malos tiempos, échasela mejor a los malos curas que abandonan sus Sagrarios, y, abandonándolos, dejan en el mayor desamparo al pudor, a la inocencia, a la justicia, a la moral, al respeto, a la autoridad, al orden, que de todo eso es principio, salvaguardia y sostén, Jesús-Eucaristía.

¡Ay! Si todos los sacerdotes del mundo tuvieran su *sala de armas* en sus *Sagrarios*, ¡qué poco daño harían y qué poco durarían los malos gobiernos, los malos periódicos y todas las malas cosas!

¡Ay! ¡Si los sacerdotes quisiéramos más y fuéramos más a nuestros Sagrarios!...

Perdóname

querido amigo, si te he herido con dureza ante la sospecha sólo de que hubieras caído en el gravísimo mal del abandono del Sagrario.

El cariño y el interés que me inspiras hace excusable la dureza del golpe que te doy, *no* para herirte, sino para despertarte, si por desgracia estuvieses dormido.

Yo quisiera que tú me demostraras prácticamente que no te resientes conmigo por mi inesperada *filípica*, prometiéndome que vas a empezar de nuevo a no *acostumbrarte* a ver tu Sagrario solo, trabajando con ahínco y sin desmayo en buscarle compañía.

Empiéza

por ti, por prepararte a celebrar la Santa Misa y dar gracias por ella allí, ante el Sagrario, por terminar tu paseo de la tarde allí, por acudir allí en tus apuros, en tus perplejidades, en tus tentaciones, en tus desalientos; no te pido que estés mucho tiempo, pero sí muchas veces; aunque no sea más que para asomar la cabeza y doblar la rodilla, mientras le dices: «Corazón de mi Jesús, aquí está quien te quiere.»

Y después

vamos a ver: ¿no hay en ese pueblo, viejecitas rezadoras, olvidados abuelitos, niñas y niños más o menos revoltosos, pero *conquistables* con una caricia, una medallita, una estampa?....

Pues ánda con ellos; acuérdate de los cojos, tuertos y lisiados invitados al festín nupcial en sustitución de los *llamados* que no quisieron ir.

Fórma turno con ellos; aprovécha las fiestas que ocurran, pón en juego tu ingenio y tu interés por ellos.

¿Que no están bien instruídos? ¿Que tienen defectillos?

Ya sabes que el Papa se contenta con muy poco: conocimiento de lo esencial, ausencia de pecado grave y buena voluntad; eso no es difícil encontrarlo o introducirlo en el alma de los niños y de esos vejetes arrinconados.

¿Tienes familia? ¡Qué buen ejemplo para los demás si comulgan y visitan con frecuencia tu Sagrario!

¿Que a ellos o algunos de tus feligreses les da cortedad de confesar contigo y por eso no comulgan?

Para eso está el cura del pueblo vecino, con quien tú podrías cambiar un día a la semana, a la quincena, o al mes; él sería nuevo en tu pueblo y tú lo serías en el suyo.

No olvides que un sacerdote sentado en su confesonario solitario *desde temprano y diariamente*, es una de las más dulces violencias que se pueden hacer al Corazón de Jesús y a las almas: a El para que *dé* gracias, a éstas, para que las *reciban*.

Y mientras

consigas esto, acúde a un Centro de *Marías* y pide que señalen tres que comulguen en sus Sagrarios con la intención de comulgar en el tuyo y que visiten diariamente a aquéllos, acompañando en espíritu al suyo....

¡Qué alegría

tan grande darás a tu amigo el día que le escribas: «bórra mi Sagrario de la lista de los abandonados, que ya no lo está!»

Yo estoy seguro, querido amigo, que al mismo tiempo que yo borre ese nombre de la *lista triste*, el Corazón de Jesús, tan bueno y tan agradecido como es, escribirá tu nombre en la lista de los *sacerdotes que van al cielo*....

Que venga pronto el aviso y que perdones el *sermón sin paño* a tu amigo de ayer, de hoy y de siempre en Jesucristo,

EL ARCIPRESTE DE HUELVA

P. D.—Una persona, quizás más piadosa que discreta, que cogió por sorpresa esta carta, juzgando que podría hacer un poquito de bién a otros compañeros de mi condiscípulo, la mandó poner en letras de molde.

Yo, en gracias al buen deseo, perdono la indiscreción, para que los que la lean se sirvan perdonar mi atrevimiento.

PIEDAD DEL SACERDOTE

Los sacerdotes son, en cierto modo, dioses en virtud del carácter sobrenatural que llevan impreso en sus almas, gozan de una potestad que sólo a Dios compete, verifican acciones propias de sólo Dios; en una palabra: sus funciones son divinas. De lo cual ¿qué debemos inferir? Que los sacerdotes deben obrar en conformidad con lo que son, como Dios, con el espíritu de Dios; sí, en ellos debe cumplirse aquel principio de que al modo de la esencia corresponde el de la operación.... Más aún, deben ser santos como Dios es santo.

Los sacerdotes, como personas sagradas que son, están doblemente relacionadas con Jesucristo, cuya persona representan, y con Dios, cuyas acciones ejercen. Según, pues, este doble aspecto, la piedad de sus almas debe estar reconcentrada y avivarse más y más en Dios y Jesucristo.

Piedad sacerdotal en relación con Jesucristo.—Puesto que los sacerdotes son ministros, los comisionados y vicarios de Cristo, representantes de su persona, que obran por El, comunican palabras de eterna vida a las almas en su nombre, deber suyo es vivir con El en espíritu, corazón y voluntad cuantas veces cumplen su ministerio. Un ministro no debe obrar sino ajustándose de todo en todo a la mente, querer e intención del agente principal de quien es ministro.

Por consiguiente, venerable sacerdote, ministro una y mil veces afortunado de Jesucristo: siempre que ejerces alguna de tus sagradas funciones, repára bien en tu dignidad y nobleza, y así, acordándote del sello de santidad que has de imprimir en tus obras, úne tus ideas, tus aspiraciones y afectos a las ideas, aspiraciones y afectos de Jesucristo, tu soberano Pontífice.

tera su oblación sobre la cruz. Su vida mortal toda entera no fue sino una preparación y una oblación continua para el cruento sacrificio del Calvario. Su muerte, en fin, fue este sacrificio tan ansiado; mediante el cual se ofreció a sí mismo a Dios, en rescate de todos los hombres. Y mientras radiante de gloria está sentado a la derecha del Padre, aparece todavía como sacrificado: continúa la oblación de su sacrificio; mediante esta oblación ejerce el oficio de Pontífice, y persevera intercediendo siempre por nosotros.

Siendo, por consiguiente, cosa indudable que Jesucristo es de un espíritu de sacrificio continuado, el espíritu del sacerdote debe ser igualmente un espíritu de oblación perpetua. Debe ofrecer a Dios el sacrificio de la muerte de Jesucristo, no sólo una vez al día, cuando está en el altar, sino en todo tiempo, en todo lugar, en toda ocasión.

1.° En toda ocasión.—Este único sacrificio de Jesucristo comprende eminentemente todas las suertes de sacrificios de la antigua ley: es holocausto eucarístico, propiciatorio, pacífico e impetratorio. Los sacerdotes deben, pues, ofrecerle en toda ocasión por el cumplimiento de sus propios deberes y el de todos los deberes del pueblo cristiano: bien como holocausto y hostia de alianza a la gloria de Dios, bien como víctima de acción de gracias por los beneficios recibidos, bien como víctima de propiciación por la remisión de los pecados, bien, en fin, como víctima de impetración para obtener nuevas gracias.

2.° En todo lugar.—Jesucristo, según la predicción del profeta, es sacrificado verdaderamente en los lugares todos de la tierra. Los sacerdotes pueden y deben pues, ofrecerle en todo lugar a su eterno Padre.

3.° En todo tiempo.—Nunca Jesucristo deja de ser inmolado; en la tierra está siempre, a la verdad, inmolándose; en el cielo está siempre como inmolado. Que el sacerdote, por lo tanto, su substituto, no esté nunca sin inmolación, sino que en todo tiempo la ofrezca sobre la tierra y sobre el cielo, a la gloria de Dios y la santificación de su Iglesia. Si San Pablo, tomando pie de la inmolación incesante de Jesucristo, excita a los fieles a una comunión continuada, Jesucristo, nuestro cordero pascual, es inmolado una vez por todos; participemos, pues, de El continuamente; que toda nuestra vida sea una pascua que nunca se acabe. ¡Con cuánta mayor razón no excita el apóstol con estas palabras la devoción de los sacerdotes a que ofrezcan sin cesar a Jesucristo, inmolado sin intermisión alguna!

Teniendo en cuenta que Jesucristo, nuestro Pontífice sumo, es a la vez en todo momento sacrificador y sacrificado, y víctima, ambas cosas, por lo mismo, han de ser con El quienes continúan su sacerdocio. Como sacerdotes, ya lo hemos dicho; como víctimas deben ser sacrificados constantemente, consumiéndose interiormente por la gloria de Dios y la salvación de las almas.... Dos cosas eran de notar en los sacrificios de la ley antigua: la víctima y el licor que esparcía sobre la víctima. El apóstol San Pablo, aludiendo a ambas, considera a los Filipenses, a quienes había convertido a la fe, como víctimas por él preparadas a la gloria de Dios, mediante la predicación del Evangelio. Llevado de esta idea les dice: «Si es necesario que derrame mi sangre sobre la oblación de la víctima de vuestra fe, mucho me alegraré de que mi sangre esté tan bien empleada en la consumación de vuestro sacrificio.»

Hé aquí los sentimientos que deben abrigar los sacerdotes con respecto al bién del pueblo cristiano: dar

su sangre, si es preciso su vida, por la salvación de sus hermanos. Así serán a la vez, a imitación de Jesucristo, sacerdotes y víctimas.

Piedad sacerdotal en relación con Dios.—A los sacerdotes les cabe la suerte de participar, en virtud del carácter sagrado, de las propiedades de las personas divinas. Producen en cierto modo al Hijo de Dios, a quien el Padre Eterno produce; comunican a los fieles el Espíritu Santo, procedente del Padre y del Hijo.

En virtud de este mismo carácter están habilitados para ejercer acciones divinas, propias de Dios; perdonan los pecados, confieren la gracia y justifican a los pecadores: son, en fin, por tal motivo, como verdaderos dioses en pequeño entre los hombres.

Tan estrecha relación con el Señor debe moverles a confundirse en sí mismos, a alabar, a admirar y bendecir su insondable misericordia, a darle continuas gracias por ellas. La mayor gloria de Dios es Jesucristo; los sacerdotes deben ofrecérsela sin cesar, según se ha dicho. Su vida debe ser una alabanza continuada al mismo, bien invitando a las criaturas todas a alabarle, y como su sacerdote, ofreciéndole sus loores, bien uniéndose con Jesucristo, el solo digno adorador de Dios, para en El, con El y por El, adorar y bendecir dignamente a Dios, bien junto con Jesucristo, uniéndose a Dios, centro de todo bién, para alegrarse en El por todo lo que es y por todo lo que existe, ofreciéndoselo de manera que, en último término, su sér todo entero sea una alabanza viviente, una oda espiritual eterna.

REPUBLICA DE COLOMBIA—(BOGOTA)

LA IGLESIA

Organo oficial de la Arquidiócesis de Bogotá

Año XII. Vol. XII. Abril 1.° de 1917. Número 4

DOCUMENTO IMPORTANTE

[El documento que va en seguida se publica con autorización de la Santa Sede Apostólica, autorización que pidieron los Rvmos. Prelados concurrentes a la última Conferencia Episcopal, y que la Santa Sede ha concedido por carta del Eminentisimo Señor Cardenal Secretario de Estado de fecha 8 de febrero. Justificanse la petición y el consiguiente permiso, por la conveniencia de que tanto el clero como los fieles, y en especial los escritores públicos se enteren del contenido de un documento en que se trata y resuelve no sólo de una manera teórica y general, sino con aplicación a las circunstancias especiales de Colombia, el debatido asunto de la intervención del clero en la politica. Por justos respetos se han suprimido los nombres propios, que, por lo demás, nada añaden ni quitan al valor doctrinal del documento. Se ha procurado, además, que la traducción vaya estrictamente ajustada al original.]